



DIÁLOGO PASTORAL. ACOMPANAMIENTO, DIRECCIÓN ESPIRITUAL Y CONFESIÓN

Rufino José Meana Peón, SJ
Profesor de Psicología en la UP Comillas

CURSO DE FORMACIÓN PARA SACERDOTES
Acompañamiento y Práctica del Discernimiento

14 de marzo de 2017

DIÁLOGO PASTORAL. ACOMPAÑAMIENTO, DIRECCIÓN ESPIRITUAL Y CONFESIÓN

Me gusta pensar en este rato como un rato de reflexión en voz alta; por tanto no es algo que yo tenga ninguna aspiración, ninguna intención de enseñar, sino que son temas que están por ahí sueltos, que nos pueden dar la ocasión para que cada uno los reflexione en la medida que quiera hacerlo, o que le sirva para su necesidad en la misión que tenga encomendada, y por ahí iremos avanzando. Habrá momentos un poco más netamente reflexión, y creo que algún otro momento con alguna aportación que nos puede ayudar a bajar a tierra, a reflexionar sobre nosotros mismos y sobre la persona que acompañamos.

Vaya por delante el tema del acompañamiento, que será la palabra que usemos para referirnos a estas cosas. Es un tema en donde lo primero que hay que observar es a uno mismo, es decir, nosotros; cada uno de nosotros vamos a acompañar, pero uno tiene que ir con la experiencia de haberse sentido acompañado, y uno tiene que ir con la experiencia fresca, actualizada, sin muchas fisuras, de saber quién soy yo. Hablaremos de eso también.

No nos centraremos mucho ni nada en el sacramento de la reconciliación, yo creo que todos tenemos claro qué es el sacramento de la reconciliación, el contexto necesario, los supuestos, la actitud del confesor y del confesado. No nos detendremos en teología de los sacramentos, teología moral, porque no me pareció que fuese lo esperable en este contexto.

El presupuesto de todo esto es que los que estamos aquí tenemos la mejor de las intenciones cuando acompañamos. Este es otro asunto en el que apenas nos meteremos solamente al final, tal vez si nos da tiempo, podemos tocar un tema espinoso que es el que en las ciencias psicológicas se llama “mala práctica”. La mala práctica es cuando uno hace mal su trabajo y, en lugar de ayudar, desayuda, y a veces trabaja más para su propio amor que para el del ayudado. La mala práctica, evidentemente, no sólo es la consciente, con saña y con maldad, sino que la mala práctica a veces es por descuido o ignorancia. Es un tema que está ahora muy de actualidad, sobre todo en los ámbitos anglosajones por supuesto por todo el asunto del acompañamiento y, cuando ese acompañamiento se tuerce hacia asuntos de naturaleza sexual, de explotación del otro, etc. Pero me parece que ese es un tema para dejar más al final, si procede.

Entendiendo que los que estamos aquí tenemos la mejor de las intenciones cuando acompañamos, y deseamos ser instrumento que ayude a la criatura a encontrarse con su criador y Señor, que diría Ignacio de Loyola –tenéis que perdonar pero es que soy jesuita, tenemos un lenguaje, tenemos una forma de entender la oración, tenemos una forma de entender a Jesús de Nazaret y el papel de Jesús de Nazaret en nuestra vida–. Esto significa que cuando acompañamos, y esto es lo que os quiero invitar a todos a reflexionar también hoy aquí, tenemos que tener en la cabeza un modelo antropológico. El modelo antropológico que yo os propongo se llama Jesús de Nazaret. Esto es muy importante porque acompañar significa, veremos, ir al lado de otro, pero también ir conduciéndole y conduciéndole en una dirección. Tenemos que tener claro a dónde voy y a qué, y el a dónde voy y a qué que yo os invito a reflexionar hoy se llama Jesús de Nazaret.

Creo que la mejor forma de introducirnos en el asunto del acompañamiento, es caer en la cuenta de a dónde vamos. Un asunto que a mí me da especial devoción y especial resonancia interna, es un texto del Padre Arrupe que dice: *“Tan cerca de nosotros no había estado el Señor acaso nunca, ya que nunca habíamos estado tan inseguros”*. O partimos de una situación de honda situación existencial o seguramente nos vamos a equivocar. El salto de la fe es el salto de la fe, y vivimos en tiempos en los que abundan las frases simplonas que dan seguridad falsa, pero no podemos dejarnos engañar por esto. Dicho esto, voy a leer en voz alta un texto, y os rogaría que lo leyésemos tratando de buscar resonancias dentro de nosotros mismos y, sobre todo, invitándonos a que sea este el modelo de acompañante y el modelo al que nos gustaría conducir al acompañado, que en último término es a una persona libre y responsable –este será otro tema que tendremos que poner sobre la mesa–.

“Señor, ayúdame a que mi modo de proceder sea como el tuyo. Por eso, fijo mis ojos en Ti, los ojos de la fe, para contemplar tu iluminada figura tal cual aparece en el Evangelio.

Quiero imitarte hasta el punto de que pueda decir a los demás: sed imitadores míos, como yo lo he sido de Cristo. Dame, sobre todo, el sensus Christi que Pablo poseía: que yo pueda sentir con tus sentimientos, los sentimientos de tu corazón con que amabas al Padre y a los hombres.

Enséñame tu modo de tratar con los discípulos, con los pecadores, con los niños, con los fariseos, o con Pilatos y Herodes, sobre todo los más íntimos: con Pedro, con Juan y también con el traidor Judas.

Comunícame la delicadeza con que les trataste en el lago de Tiberíades preparándoles de comer, o cuando les lavaste los pies, o tantas otras veces.

Enséñame a ser compasivo con los que sufren; con los pobres, con los leprosos, con los ciegos, con los paralíticos, muéstrame cómo manifestabas tus emociones profundísimas hasta derramar lágrimas.

Enséñame tu modo de mirar como miraste a Pedro para llamarle o para levantarlo, o cómo miraste al joven rico que no se decidió a seguirte, o cómo miraste bondadoso las multitudes agolpadas en torno a ti. O con ira, cuando tus ojos se fijaban en los insinceros.

Quisiera conocerte como Tú eres: tu imagen sobre mí bastará para cambiarme. Haz que aprenda de Ti en las cosas grandes y en las pequeñas, siguiendo tu ejemplo de total entrega al amor al Padre y a los hombres, hermanos míos.

Dame esa gracia, el sensus Christi, que vivifique nuestra vida toda y me enseñe - incluso en las cosas exteriores - a proceder conforme a tu espíritu.

Enséñame tu modo para que sea mi modo en el día de hoy y pueda realizar el ideal de Ignacio: ser compañero tuyos, alter Christus, colaborador tuyo en la obra de la redención.”

Ya está, esto es el acompañamiento. Ojalá fuera tan sencillo.

Unos asuntos en torno a los términos. “Diálogo pastoral” parece que es un término bastante abarcativo. No está mal, establece una situación en la que hablar tiene un papel protagonista, y el acompañante está ahí. Vamos a tener algunos problemas con esto. Las metáforas son metáforas y valen lo que valen, desde luego a todos nos ayuda sentirnos como un pastor que cuida de sus ovejas, tiene la gran tradición evangélica ahí detrás, pero puede inducir a error en algunos. Vivimos en tiempos en los que los cambios se suceden de una manera muy rápida, las resonancias que tienen para nosotros las metáforas agrícolas tan propias del Evangelio, tal vez en el mundo en el que vivimos no tienen tan bellas connotaciones. Como sacerdotes nos sentimos a nosotros mismos buenos pastores, nos hace bien, nos devuelve una autoimagen de bondadosos, sacrificados, deseantes de lo mejor para los otros. Además el pastor dirige, orienta, con una sola cosa en la mente: lo mejor para su rebaño. Hasta aquí está bien nuestro imaginario.

Podemos seguir tirando de la metáfora y nos encontramos con algunos asuntos un poco más espinosos. En un momento histórico como el que vivimos de gran protagonismo de la individualidad, de la autonomía, de la conciencia, que a uno le consideren oveja a veces no se recibe bien, se le sitúa o puede sentir que se le sitúa en la posición de quien es incapaz de buscar y hallar los pastos que más le convienen,

sometidos a las amables siempre y generosas directrices del pastor, pero las del pastor, a los criterios y objetivos que son propios del pastor y no tanto de cada una de las ovejas. Podríamos ser interpretados –como lo somos a veces– como participantes de un peligroso todo para el pueblo pero sin el pueblo, que desde el Despotismo Ilustrado sostuvo a las monarquías absolutas que terminaron como terminaron por obra y gracia de Roberpierre. Y si seguimos tirando de la metáfora, el objetivo último del pastor nos puede decir, como nos dicen, es la explotación de las ovejas, el propio beneficio, incluyendo devorarlas.

Esto es ponernos melodramáticos, pero nos puede dar que pensar sobre un asunto, que es que nuestro modo de aproximarnos a nuestra tarea evangelizadora a veces no está del todo cuidado a lo que se refiere al lenguaje, a lo que queremos transmitir, a poner en palabras y gestos la verdadera intención que nos mueve. Hay un término muy tradicional que es el de la dirección de conciencia. Un célebre jesuita dedicado a estos asuntos, Jean Laplace, allá en los años 60, en un libro todavía preconiliar en aquel momento “La dirección de conciencia”, decía que “*El director debe instruir en el discernimiento y en el respeto por la libertad del dirigido con un claro objetivo formativo*”. A Laplace le gustaba denominar a la dirección de conciencia “el arte de las artes”, según expresión de San Gregorio Magno. Sostenía que la dirección de conciencia tenía carácter de carisma; esto significa que no todo el mundo posee ese carisma, pero al tiempo era de la idea que el sacerdote estaba en posesión de ese carisma, se le suponía la idoneidad para acompañar, a los laicos no. Claro que tampoco se sostiene, no se sostenía en aquel momento, sobre un argumento particularmente sólido.

Según fueron los años 60, el Concilio y todo lo que vino detrás, aparecen las dinámicas de grupo, con sus revisiones de vida –muchos de los que estáis aquí os acordaréis–, en donde esta dirección de conciencia empezó a no ser tan clara y directamente atribuida al carisma que el sacerdote tenía porque sí, sin preparación alguna, sino que se depositaba un poco más en el pueblo, en la comunidad, de base tal vez. Ahí la dirección de conciencia de entonces entra en un momento complicado, no desaparece pero se hace lo que se puede durante el post-concilio, y creo que no es rescatada oficialmente hasta la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici*, de Juan Pablo II en 1988. Laplace fundamentaba su concepción de la dirección de conciencia, que creaba en muchas personas un cierto recelo en su nombre ya en los años 70 y 80, fundamentada en la patrística, en la tradición; fue surgiendo en esos tiempos una potente escuela anglosajona, muy asistida por la psicología, con todos los peligros que eso conlleva.

Yo, además de jesuita, incluyo entre mis pecados el ser psicólogo, nunca sabes cuál de las dos presentaciones te hace llover más críticas. Yo creo que hay un problema severo en el asunto del acompañamiento y la compaginación del acompañamiento con la psicología. Me parece que hemos asistido a tremendas derivas fruto de una mala integración de ambas realidades, una psicologización excesiva de lo que es el acompañamiento –ahora lo matizaré un poco–, pero por otro lado creo que en esos tiempos de tormentas y que había grandes interrogantes sobre la antropología, sobre la antropología teológica, sobre la sociedad, la Iglesia, la psicología echó un poco de luz. ¿En qué aspectos? La idea de contrato, en psicología esto es importante y está cobrando mucha fuerza en la moderna forma de concebir el diálogo pastoral, el acompañamiento, etc., en el ámbito anglosajón, sobre todo porque evita ambigüedades de una y otra parte. Las cosas que se están escribiendo ahora después de toda la historia de escándalos y desconciertos que ha habido, incluye la idea de contrato, aunque no se llame así expresamente. Es decir, estemos de acuerdo yo acompañante y usted acompañado de qué vamos a hacer y de qué manera, con qué frecuencia, en dónde. Esto ya en los años 70 la psicología lo ponía encima de la mesa porque era el modo de proceder propio de la psicología. Volveremos al tema del contrato en el sentido de dejar muy claro qué estamos haciendo y cuáles son las condiciones.

Lo que aporta la escuela anglosajona al acompañamiento, a lo que se llamaba la dirección de la conciencia, es que sitúa la experiencia en el centro. El compromiso que se establece en eso que llamamos acompañamiento en general, es explorar la experiencia religiosa del individuo; el foco estará puesto en la experiencia del acompañado, no tanto en las ideas de orden moral, dogmático, disciplinario. Fijaos bien aquellos directores clásicos que yo apenas conocí que el asunto estaba mucho más centrado en lo formal y en la moral, la defensa del dogma, la disciplina. Aquí empieza a situarse muy bien el centro en la experiencia, la experiencia en este caso la experiencia de Dios.

Hay otro vector que se subraya mucho que es la labor de partera del acompañante –esto ya venía de Sócrates–. Hay confianza y respetos mutuos, pero la partera tiene un carácter digamos de experta y en cierto modo didáctico, de tal manera que enseña cómo proceder ante un acontecimiento natural para el ser humano. No trata con enfermedades, como el acompañante no trata con enfermedades. Esta es una de las grandes derivas que a mi juicio es peligrosísima, de la mala influencia de la psicología sobre el acompañamiento: la patologización del acompañamiento espiritual, y lo digo yo que soy profesor de psicopatología hace 16 años.

El tercer vector, metáfora, o asunto que incorpora esta escuela anglosajona a la tarea del acompañamiento es la del buscador de oro. El buscador de oro mete el cedazo como puede en el agua, saca las piedras y el barro que puede; en ese sentido a veces la situación de acompañamiento sitúa al acompañado ante a su acompañante escarbando y sacando de ahí. El experto mira junto al acompañado lo que sale en mitad de las corrientes de la vida, sale de todo: piedras, bichos, conflictos, elementos varios, hasta que de pronto aparece una pequeña pepita de oro que hay que saber ver. Para eso está el acompañante también, pero en el último término el que tiene que decidir que es una pepita de oro es el acompañado.

Todo esto está bien, nos ilumina un poco sobre la tarea de acompañar. Según los nuevos tiempos de los años 80 en adelante, a veces creo que subraya excesivamente la asimetría, está bien, y a veces se producen confusiones de rol, es decir, esto de este acompañante que puede acabar deslizándose hacia relaciones pseudoterapéuticas, yo creo que es particularmente complicado. Por otro lado creo que el destacar la centralidad de la experiencia espiritual contrastable es un avance importante, tener un marco claro de lo que se está haciendo es un avance importante, y, sobre todo, subrayar que el acompañante tiene que tener un cierto grado de expertitud, de saber, de conocimiento, de formación, es también muy interesante.

El acompañamiento, la capacidad para acompañar a otra persona, evidentemente que tiene un punto carismático –si queremos llamarlo así–, o de facilidad natural, quién va a negar eso. Hay personas que tienen un talento natural para entender a otros, para mirar en los ojos y descubrir lo que a lo mejor no se puede ver a simple vista. Hay cualidades naturales y, si queremos llamarlas, carismáticas, pero es necesario un entrenamiento y eso es uno de los primeros mensajes que me gustaría que quedasen claros. Acompañar porque sí y porque se ha leído un libro o dos, a veces nos conduce a unos líos bastantes considerables, tampoco hay que hacer un máster en psicología, o en psicoanálisis. A veces aprende uno haciendo buenos ejercicios de San Ignacio, siendo bien acompañado, porque no hay mejor escuela de acompañamiento que la del propio acompañamiento.

Entonces, cuando yo digo un cierto grado de expertitud no me refiero exactamente a hacer unos cursos de grados de Psicología en Comillas, no, me refiero a ¿he hecho yo ese camino en la vida? ¿Me he dejado? ¿He contado con ratos de oración organizada, como es la oración de los ejercicios, de tal manera que no he podido esquivarme a mí mismo, esquivar la pregunta de Dios mi creador hacia mí mismo? ¿No he podido evitar tener que responder o saber que no respondo? Sobre todo, ¿no me he escapado de la mirada de un acompañante que mira conmigo, si queremos en el cedazo, o que

me ayuda en mi tarea como una partera, pero no me he escaqueado, sino que mi acompañante se ha metido conmigo en mis turbulentas aguas y me ha ayudado a salir de ellas? Esto es una escuela de acompañamiento, pero muchas veces en el ámbito sacerdotal y en la vida religiosa nos hemos escapado de eso, a través de buenas consideraciones, consejos piadosos, palmadas en la espalda, “tú sí que vales”, “el Señor hará una buena obra en ti”, y consideraciones que no son mentira pero a veces son demasiado bonitas y permiten demasiadas escapadas en quien después va a ser un sacerdote tratando de ayudar. Y estoy pensando en la cantidad de sacerdotes que nos encontramos y os encontraréis, compañeros perdidos, perdidos que no pueden tampoco ayudar a otros a orientarse. Aquí tenemos un tema.

Hay una dificultad un poco añadida a esto de fijarse en la experiencia interna. Yo creo que tenemos que tener claro que hay un Yo, un sujeto, que se relaciona con un No-Yo, lo que se llama objeto –sin ofender, yo soy sujeto y para mí vosotros sois objetos; yo soy objeto para vosotros sujetos, el no-yo–. Un objeto de relación, que puede ser Dios, en cuanto alter, es un otro con quien yo me relaciono y él se relaciona, y produce estados emocionales, claro. Pero una cualidad humana, que está por ver que tenga cualquier otra criatura, es la capacidad de relacionarnos con nosotros mismos como si fuéramos un otro, es decir, no deja de ser el título de un libro de Paul Ricoeur: “El sí mismo como un otro”, ese sujeto que se puede mirar a sí mismo decimos objetivamente, como si fuera un objeto. Que también produce estados emocionales: yo cuando me miro a mí siento cosas; si os fijáis casi siempre pasa en los atascos cuando uno va encerrado en el coche podemos fijarnos en lo inútiles que son todos los que nos rodean, esa es una posibilidad, pero uno reflexiona mucho sobre uno mismo. A nada que uno tenga cierta conciencia de sí, sabe si se trata bien o mal a sí mismo, ¿cómo me trato yo a mí mismo?, estas cosas se aprenden normalmente en la familia, ¿soy alguien que soy tolerante conmigo mismo, excesivamente tolerante? ¿Soy muy duro, excesivamente duro?, y aparecen todas esas crisis del orden de los escrúpulos, las obsesividades. ¿Qué hago yo conmigo mismo? es a veces una pregunta importante.

¿Por qué traigo esto aquí?, porque claro, la atención a la realidad interna que nos invita esa escuela más anglosajona que venimos diciendo, es interesante porque en principio nos trata de caer en la cuenta de los estados emocionales que producen en mí la relación con Dios. En términos ignacianos aparece la consolación y la desolación que, ojo, no es estar contento o estar triste así por las buenas, que es mi relación con Dios o con el mal Espíritu, con el buen Espíritu o con el mal Espíritu. En mí van a aparecer unos estados emocionales que pueden significar distintas cosas, y aparecen las reglas

de discernimiento, que sería un poco excesivo meternos ahora en ellas, pero la idea fundamental es que hay un lenguaje, generalmente relacionado con las emociones, un lenguaje que yo tengo que aprender a identificar, y que se traduce en consolación, en desolación, en mi relación con Dios o mi relación con el mal Espíritu.

El problema es que esta hormigonera que llamamos Yo, también tiene estados emocionales que vienen de las relaciones con otros y también tiene estados emocionales de la relación conmigo mismo, y aquí se impone poner un poco de orden, un orden que se llama en último término “discernir”, porque en todo esto hay que saber qué hay de Dios, qué hay de mí mismo, que de mi contexto, por qué estoy triste o por qué me siento como me siento. Sabemos que si hacemos bien el discernimiento y seguimos la guía de la consolación que da el buen Espíritu, iremos avanzando en el camino antropológico que Dios ha soñado para nosotros, pero para eso tengo que acertar y no dejarme engañar, y ahí aparecen las afecciones desordenadas que Luis María García Domínguez hablará cuando venga a hablar. Es decir, podemos estar ante una confusión notable donde no me voy a meter porque creo que es tema de Luis María.

Es importante discernir: lo que siento ¿por qué lo siento? Se discernen varias cosas, primero las emociones, pero segundo a dónde me conducen las emociones, porque no es lo mismo seguir el hilo de un entusiasmo que yo puedo sentir por vivir en un determinado contexto que me apetece mucho, una comunidad, una ciudad, y esa emoción que yo puedo denominar equivocadamente. El otro día me decía un chico que se acompaña conmigo que estaba desolado porque algunos profesores de algunas asignaturas le producían desolación. ¿Tú estás desolado?, estás picado, cabreado, es decir, no es algo que viene de Dios, no podemos llamar desolación a eso, o consolación, es algo que viene de tu relación con otras cosas. Si tomas decisiones al hilo de esa desolación que no es que venga de Dios sino que venga de otro lado, tú estás tomando una decisión sobre tu vocación que no tiene que ver con una moción proveniente de nuestro Creador y Señor, sino como un problema.

Entonces, discernimos de dónde viene el estado emocional que siento, pero también evidentemente hay que discernir muy profundamente a dónde me conduce, a dónde me lleva. Discernir se da de patadas con actitudes que no caben en esa complejidad de cosas. No cabe el dogmatismo, porque el dogmatismo se supone que no hay nada que discernir, está ahí. No cabe el fundamentalismo, que literalmente es el asentamiento de las verdades sobre algo que ya está escrito. El “Libro Rojo de Mao” es un ejemplo, está todo ahí, “El Capital”, o “Mein Kampf” de Hitler. No cabe en una relación de acompañamiento donde el discernimiento puede ser importante el

adoctrinamiento, entendido esto como –de nuevo en estos regímenes totalitarios como los que mencionamos– “tú tienes que pensar esto y nada más que esto, y pensando esto serás feliz”.

Nosotros partimos de una antropología teológica caracterizada por ser individuos creados por Dios libres y responsables, con conciencia. Y por tanto, la libertad que Dios da a cada individuo tiene que ponerse en juego en algún momento –el joven rico –. Ese tipo de adoctrinamiento que se salta al ser humano, tampoco nos cabe fácilmente en el discernir. Sin embargo no podemos dejar de darnos cuenta que vivir y discernir en la Iglesia católica implica asumir que existen unos dogmas, implica asumir que están fundamentados sobre la revelación, que está plasmada en unas Escrituras, y que es algo que debe ser enseñado. El reto está en que el individuo que estamos acompañando haga el itinerario personal, con toda libertad, por el cual va a ir descubriendo en sí precisamente lo que nuestras reservas de verdades plasmadas en los dogmas, en las Escrituras, en las enseñanzas de la Iglesia nos dice. Es curioso pero es así, en último término lo que el individuo descubre es que la verdad que se le ofrece desde fuera, coincide de una manera sorprendente lo que él va descubriendo en su relación con Dios, encuentra en el lenguaje del dogma tal vez, o de la Escritura, una expresión muy fiable y muy notable de lo que él siente en su relación con Dios, en lo que quiere y desea para su vida.

Se da un doble movimiento por tanto: el de la relación del individuo con Dios y el de la verdad ofrecida por la Iglesia a través de su saber acumulado durante milenios, pero lo que creo que tenemos que tener muy claro es que este es un camino que tiene que hacer el individuo, no se le puede dar hecho, porque si se le da hecho se produce un asunto que, básicamente, podríamos describir como “insatisfacción existencial”; esto es como el padre o la madre que le diseña al sujeto lo que va a ser en la vida para que sea feliz: “yo sé más que tú”, “yo lo tengo claro”, “ya verás tú cómo...” y tienes una persona que va siendo guiada desde el comienzo de su infancia hasta su adultez a través de una manera de vivir, una forma de estar, una carrera que se estudia, hasta un matrimonio apalabrado, porque “yo sí sé lo mejor para ti”. Y a veces uno se encuentra con pacientes en los que realmente lo que tienen igual lo hubieran elegido ellos y serían felices con ello, pero no lo son porque han sido otros los que lo han elegido.

Entonces, otro asunto que creo que es importante en el acompañamiento es esto que estamos diciendo: acompañar a una persona en su libertad sin invadirla, mostrándole una verdad sin imponerla, es un trabajo delicado, porque hay que permitir que el joven rico mire y diga “no termino de entenderlo, ahora no”, y se va. Y Jesús no monta un tinglado, ojo, que este es otro tema. Si queréis como un criterio de discernimiento

personal, cuanto más se enfada uno porque las cosas no son como querría, o la persona que yo acompaño no es como yo quisiera que fuese, cuanto más se enfada uno seguramente menos de Dios es todo, sino más personal, soy yo el que quiere sacar algo adelante. Creo que la escena de Jesús y el joven rico tiene que presidir nuestra conciencia muchas veces —el Jesús modelo que os planteaba— en algunos acompañamientos: ¿qué hace Jesús ante este chico que no termina de ser como Él quisiera?, mira que te estoy contando las cosas para que seas feliz, para que encuentres tu camino... Jesús le mira con compasión y ve cómo se aleja.

Esto se resume en que el reto del acompañamiento cristiano maduro es no caer en un dirigismo, sino en un estímulo para escuchar a su Señor, dejarse fascinar por Él, hacer memoria de sus consolaciones, saber pedir fortaleza en las oscuridades, conservar intacto el deseo hondo de preguntarle a Él, al Señor, a menudo cómo nos sueña. José Antonio García, un compañero jesuita teólogo que muchos queremos y apreciamos muchos, formula bellamente: *“El Señor nos acepta como somos, pero nos sueña mejores”*. La pregunta ¿cómo me sueña el Señor?, es una invitación a cualquier acompañado, y ayudarlo a descubrirlo es esencial, sabiendo que Dios es quien actúa sanando, salvando, liberando, transformando. Lo que nosotros tenemos que ayudar es al sujeto a disponerse, disponerse es alcanzar una actitud.

A mí la expresión que me gusta en el acompañamiento, para describir el acompañamiento, es la de “conversación espiritual”. Porque acompañar a veces puede convertirse en una compañía no intervencionista, tampoco se trata de que el acompañante sustituya al acompañado en su camino. Conversación espiritual; este término deja más claro que esto es algo más que charlar. A algunos les parece esto una expresión rancia, creo que pertenece también a la también rancia tradición que nos sostiene la mística y, a mí muy particularmente, la espiritualidad ignaciana. A Ignacio le preocupa ayudar a las almas. Runner describe esta ayuda como *“Comunicar a los hombres algo acerca de Dios y de su gracia, de Jesucristo crucificado y resucitado, que les hiciera recuperar su libertad integrándola dentro de la libertad de Dios”*.

Cuando acompañamos se acompaña una disposición, una manera de estar ante Dios, a qué estoy dispuesto. Esto nos remite a un asunto importante: el carácter victorial que esto supone, la importancia del para qué. Esto es otro tema que nos distingue un poco en el acompañamiento espiritual, en la conversación espiritual, de la conversación psicológica, el para qué. En psicología, particularmente en el psicoanálisis, se hace excesivo énfasis en el por qué: por qué soy así, por qué he llegado a tener estas reacciones... y se hace mucha arqueología psicológica. En la espiritualidad ignaciana

hay un énfasis muy particular en el para qué, a qué me conduce esto; es decir, siendo como soy yo no sé por qué soy como soy, pero siendo así dónde voy a acabar, a dónde me conduce, y esto aporta mucha luz. En el examen diario que se nos invita a hacer, se trata de ver qué ha pasado ahí, cómo he vivido mi vida religiosa, mis compromisos, mi intención de que mi vida sea Palabra de Dios, sacramento vivo, como sacerdote, como religioso, y uno cae en la cuenta que a veces ha hecho cosas o ha perdido la conciencia de quien era, o incluso ha trabajado en contra de esta intención. Y una pregunta importante es: bueno, y esto ¿a dónde te conduce?, ¿te conduce al fin para el que has sido creado?, y evidentemente si uno tiene una experiencia de Dios y una experiencia honesta de vocación va a decir no, pero no se nos pide que hagamos un juicio, se nos pide que aprendamos, caer en la cuenta de las veces que he cambiado de dirección, que no he ido a donde quiero.

Me parece que es muy importante en el acompañamiento personal subrayar el para qué, ¿a dónde vas?, ¿qué quieres hacer con tu vida de aquí en adelante? No digo yo que la arqueología no sea buena, yo trabajo con la arqueología muchas veces, pero puede ser un peligro en manos de muchos acompañantes espirituales que, sinceramente, a veces uno ve una cierta obsesión por dar vueltas a una cosa que ha aparecido en algún libro: tu madre, tu padre, tus hermanos, tu familia... y esto ¿para qué vale? A veces la pregunta al acompañado para transformar la vida y que moviliza es: ¿a dónde te conduce esa manera de ser? Esto al final remite a si se tiene o no un horizonte antropológico, es decir, ¿tienes un ideal?, porque igual hay que establecerlo, ¿quién quieres ser?, ¿cómo quieres ser? Y entonces poder elegir las cosas que te conducen mejor hacia donde quieres.

La conversación espiritual alude a una conversación de espíritu a espíritu, pero va más allá de una conversación aparentemente profunda –a veces los temas son aparentemente profundos, pero no tocan la raíz de lo que somos–, o sobre temas religiosos. Hablar de temas religiosos no quiere necesariamente decir que estemos hablando de mí, ni de lo hondo de mí mismo. El término conversación espiritual alude dos vivencias: la del acompañante y la del acompañado; dos vivencias de sentirse caminando, un camino individual, personal e intransferible –Intransferible, yo no puedo caminar el camino de mi acompañado, pero tengo que haber caminado el mío–, en el que el Espíritu habla, y el Espíritu necesita ser escuchado. Se trata de acudir a la conversación espiritual vaciados del propio amor querer – interés, en terminología también de Ignacio de Loyola. Yo no vengo aquí a sacar algo para mí, no hablamos de dinero, hablamos de “a otra cosa me ganarán pero a acompañante no

me gana nadie, que todos los que se acompañan conmigo salen contentos”. Esto nos ha entrado, y no se está libre del propio amor – interés, no nos engañemos.

De la personalidad del acompañante y sus consecuencias, podremos decir algo después de estas generalidades.

La conversación espiritual supone un camino personal que los dos están haciendo, que es intransferible, donde hay que ir –sobre todo de las dos partes, pero muy en particular de la parte del acompañante– muy, muy liberado del propio amor querer-interés, en las medidas de las posibilidades, sin agendas ocultas, afectos desordenados, “este chico, con lo que vale, a ver si lo pesco para el seminario”, eso es una agenda oculta. Están las otras más ilícitas y moralmente reprochables, afectos desordenados. Se trata de ir haciendo sitio en la vida a la actuación de la gracia, puramente buscando la voluntad divina; ahora bien, hay que tener claras dos cosas muy importantes.

La gracia de Dios nunca es barata, no podemos esperar pasivamente recibir sin poner todo de nuestra parte, hay que ponerse a ello. En la primera semana de ejercicios Ignacio nos invita a pedir constantemente como oración preparatoria, pero serviría para el resto de la vida, “*que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad*”, pero todas mis intenciones, pero también las acciones y las operaciones, todo lo que hago. Hay quien espera de una manera pasiva, facilona, la acción de la gracia.

La segunda cosa que tenemos que tener en cuenta también en todo esto de la conversación espiritual y dejar que la gracia actúe, es que la gracia supone la naturaleza –en términos de Santo Tomás–, es decir, no podemos esperar milagros. No digo yo que no haya milagros, pero si los milagros son milagros es porque ocurren extraordinariamente. Dicho eso, no podemos esperar –menos aún tratar de imponer a otros– frutos de la gracia que queden totalmente fuera del alcance de las posibilidades del sujeto acompañado. En el caso de candidatos a la vida religiosa sacerdotal el celibato es un carisma, y se apoya sobre la gracia, pero tiene que haber una condición de posibilidad en la naturaleza; esto es parte del saber de la Iglesia de siempre, tiene que poder. La gracia, en términos generales, supone la naturaleza. De otra manera de producen distorsiones y personas enormemente angustiadas que no saben por qué pero se encuentran en donde no querían estar.

Dicho lo dicho, por aquí va el acompañar.

Querría decir unas palabras sobre el sujeto suficientemente bueno para acompañar, y esto nos va a conducir a un asunto quizás un poco más práctico. Qué elementos, qué

vectores, podrían hablar de una persona como acompañante, pero también de la persona que se pone en camino en la búsqueda de la voluntad de Dios para su vida. Qué elementos psicológicos nos pueden ayudar. Creo que hay cuatro vectores que tendríamos que tener en cuenta. En el fondo se trata de, cuando yo acompaño, qué aspectos psicológicos tengo que tener y tiene que tener la otra persona, o qué mínimos:

Autoconciencia. Es esencial. Conocerse a uno mismo. ¿Sabe de sí mismo con lucidez y hondura?, y me lo puedo aplicar a mí: ¿sé de mí mismo mi lucidez y hondura? ¿Conozco mis potencias y mis límites? ¿Sé para lo que valgo y para lo que no? ¿Soy capaz de mirarme a mí mismo y descubrir nuevas cosas sobre mí mismo, o ya me lo sé todo, no hay nada nuevo que me puedan contar? Fijaos bien que todos tenemos espalda, ¿os habéis fijado el susto que nos llevamos cuando nos sacan una foto de espaldas?, dices “¿este soy yo?”. O desde arriba, una perspectiva a la que no tengamos acceso real. Todos tenemos aspectos de nosotros que no terminamos de saber, de conocer, de identificar.

¿Soy capaz de descubrir nuevas cosas sobre mí mismo, tal vez con la ayuda de otros? ¿Permite que otro le muestre cosas de sí mismo que desconoce? Esta dimensión antropológica es crucial para quien se pone en un camino de oración, ¿voy a permitir que Dios me diga algo que no sé de mí, que me desvele? ¿Voy a permitir que Dios, el Dios de las sorpresas, en mi proceso de oración y de ejercicios y de vida de creyente, poco a poco me vaya haciendo caer en la cuenta de afectos que no deberían estar ahí, asuntos que tendría que resolver, conversiones que están pendientes de hacer?

Es una actitud, una aptitud, la autoconciencia, que tiene que tener un mínimo, o tiene que ser cultivada. ¿Es capaz de ponerse en lugar de otros sin confundir ambas realidades? Esto es muy importante también, lo que decíamos antes, la capacidad de distinguir el Yo del No-Yo; mi acompañado no es yo, es otro, yo soy yo.

La dimensión **Relacionalidad** es algo crucial en el ser humano, sin lo cual casi nada se puede hacer, somos animales sociales. Desde el momento en que nacemos y somos un simple trozo de carne, salimos al mundo indefensos, incapaces de ser libres, independientes, autónomos. Sobrevivimos gracias a que hay alguien, un otro que nos cuida, que nos protege, aprendemos durante largos años que sin otro yo no soy nada. Aprendemos, tenemos un largo período de aprendizaje por el cual tenemos que ir cayendo en la cuenta que sin otro mi vida es incompleta, le faltarían cosas esenciales. Sin el cuidado del otro, yo no hubiera llegado hasta aquí y eso produce agradecimiento, y eso produce necesidad del otro, y una serie de asuntos que podemos meter debajo del paraguas Relacionalidad. Si alguien llega un momento en la vida en

que dice “yo no necesito de nadie, yo solo me basto, yo rehúyo las relaciones, yo...”, pues tiene un problema serio, porque ha tenido mucho tiempo para aprender que eso no es así.

¿Necesito –me puedo preguntar como acompañante– tener personas con las que pueda hablar francamente, sin que quede aparte tema alguno, a fondo? Cuántas veces nos encontramos con sacerdotes que nunca han hablado de sí de verdad, a fondo, que nunca se han dicho de verdad, y el dolor, el sufrimiento, la desazón que eso conlleva. “En realidad nunca he llegado a decirme lo que pienso, en lo que siento, en lo que soy, no he tenido la fuerza, la confianza, el valor...”. Difícil poder ayudar a otros en eso si yo no tengo esa experiencia.

¿Sabe cuidar a otros y, sobre todo, tiene quien cuide de él?, es decir ¿sé cuidar a otros, tengo quien quiera cuidar de mí? Sólo va a cuidar de mí el que sabe que necesito ser cuidado y en qué. Si vamos blindados no necesito que nadie me cuide, entonces esto también lleva a unas soledades muy profundas, nos pone ante la soledad del sacerdote: quien se ha dedicado a ayudar pero no tiene quien le ayude porque, entre otras cosas, no ha sabido comunicar, no ha sabido decirse, y por tanto no hay noción de que esta persona necesite sostén, apoyo. ¿Sabe pedir ayuda y caer en la cuenta de cuándo tiene que ofrecerla?

¿Es capaz de vivir la soledad y sufrirla? ¿Sabe cómo manejarla?, esto es muy importante para cualquier sacerdote, para cualquier ser humano. Yo no he visto soledades más duras que las soledades de unas personas casadas; creo que todos los que confesamos o acompañamos personas hemos visto eso, por tanto no está garantizado que al haberte casado o tener hijos uno no sienta un profundo vacío y soledad existencial. En el caso del sacerdote a veces es muy a flor de piel y muy dramático, se cierra la puerta de tu casa cuando terminas de trabajar y no hay nadie; uno tiene que saber vivir con esa realidad, con cierta madurez y cierto tono vital, emocional, de acuerdo, pero también tiene que saber cómo manejarla y evitarla cuando se hace perniciosa y cuando se empieza a hacer excesivamente pesada.

Voluntad. Es algo que se ejercita y se aprende, es un músculo. Allá en los tiempos hippies y el post-hippismo, hoy día todavía hay muchos, parece que la voluntad no “está de moda”, se ejercitan otras funciones de la mente, pero la voluntad rápido decimos “es que no hay que ser voluntaristas”. La voluntad que tiene un artista cuando se pone a pintar un cuadro y lo termina, no es que sea voluntarista, es que tiene voluntad de hacerlo porque lo quiere, lo desea y lo apetece, y ahí se proyecta, pero tiene que poner voluntad. La voluntad a veces ha estado un tanto desprestigiada y

desusada. Un acompañante tiene que tener voluntad y ese músculo bien ejercitado, pero tiene que detectar y ayudar al acompañado a que lo ejercite. ¿Ha tomado alguna decisión que le ha obligado a optar, dejando otras cosas deseables? La voluntad a veces se ve en la capacidad para elegir entre dos cosas buenas, elegir entre una cosa buena y una mala no tiene mucho mérito, el problema es cuando tienes que elegir entre dos cosas buenas.

¿Has terminado lo que has comenzado? ¿Sabes por experiencia que merece el esfuerzo de determinarse por algo? Hay una secuencia de conceptos que en el ámbito de la elección son muy importantes: quiero, deseo, y es mi determinación deliberada. Estos son términos de plena actualidad escritos en pleno siglo XVI. Quiero, deseo, tengo que verme incitado –autoconciencia–, y es mi determinación deliberada, lo he pensado a fondo y me determino por esto caiga lo que caiga. Esto produce un horizonte y produce un orden: sé a dónde voy y a qué, porque lo quiero, lo deseo y es mi determinación deliberada casarme con esta persona, o entrar en la vida sacerdotal. Nos vamos a encontrar con muchas posibilidades de que las cosas no sean como las hemos imaginado, que haya momentos en que uno siente otras cosas, etc., pero esto habla de la voluntad, es decir ¿soy capaz de determinarme por algo asumiendo la responsabilidad de las decisiones tomadas? Vivimos en tiempos en los que esto no está de moda, y hay que ver también cómo nos salpica a nosotros como sacerdotes, como acompañantes y qué hacemos con ello.

Aquí apunto algunos asuntos más patológicos: a una señal de descontrol o excesivo control en temas relacionados con los impulsos agresivos, sexuales... Este es un tema que ya nos está llevando a otro orden de cosas, es decir, esto está pensado entre otras cosas para ayudar también a la selección de candidatos a la vida religiosa y sacerdotal. El asunto de la impulsividad es un déficit de la voluntad, si alguien no es capaz de controlar sus impulsos, no sólo sexuales sino también agresivos, estamos ante una persona que no va a poder decir “quiero, deseo y es mi determinación deliberada y poder llevarla a cabo”, porque se va a ver absolutamente invadido por cosas que no puede controlar. ¿Se angustia o desespera cuando no todo está en orden?

Sentido y Pasión. Cualidad antropológica, asunto que nos habla del sujeto psíquico bien constituido, suficientemente constituido. ¿Tiene experiencia de apasionarse por alguien, por una causa? Esto nuestro es un asunto de pasión, tiene su racionalidad pero el sacerdote tiene que estar apasionado por su ser sacerdote, por la Iglesia de Jesucristo y por su actividad en el seno de la Iglesia. ¿Me apasiona o sobrevivo?, no digo todos los días, porque apasionarse todos los días es un poco complicado, pero ¿cuando cierro los ojos y tengo un rato de oración, digo “en el fondo yo esto no lo cambiaría por

nada”?, eso es pasión. La pasión es que todos los afectos convergen y se aglutinan en torno a algo, es la perla, es el tesoro escondido.

¿Es capaz de organizarlo todo para alcanzar lo que desea?, eso es la pasión puesta al servicio del sentido, del horizonte. Voluntad y sentido van muy ligados, ¿tengo en el fondo muy claro qué quiero y deseo, cuál es mi determinación deliberada, sé a dónde voy y lo hago con profunda pasión porque siento que es lo que me expresa? Las ideas pasionales en psicología son esas ideas que, cuando me las quitan, yo dejo de ser yo.

¿Necesita dejar su impronta en lo que hace transformando su contexto o es alguien que hace las cosas por hacer, cumpliendo el protocolo y sin más? Esto es importante –de nuevo vuelvo a decirlo– para saber si tenemos delante una persona que puede amar y trabajar, una persona que puede poner a Cristo en el centro de su existencia, apasionarse por su tarea, por su trabajo, que es el objetivo del acompañamiento en el fondo. ¿Puede mirar lejos en las metas vitales?, creo que se entiende más allá del cumplimiento de objetivos inmediatos.

Esto es solamente una descripción muy esquemática para decir, ¿qué mínimos antropológicos serían esperables, cuál sería el sujeto suficiente bueno, sobre todo en el acompañante?, y creo que en el acompañado porque si no tiene autoconciencia, si no tiene capacidad de voluntad, hay poco que acompañar, es decir, no hay un sujeto con la capacidad de seguir avanzando, de seguir descubriendo, de seguir encontrándose y de hacerse y apropiarse.

El objetivo de esto no es tanto enseñar nada cuanto ayudarnos a pensar sobre nosotros mismos y nuestra tarea de acompañantes, creo que todos los que estamos aquí acompañamos de una manera u otra a las personas, y ver si alguna de estas cosas que os digo, de las elegidas entre las muchas posibles, tiene algún eco, alguna resonancia y me hace pensar.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

TURNO DE PREGUNTAS, RESPUESTAS Y REFLEXIONES

P. En toda tu exposición los ecos eran más de acompañado que de acompañante. Me ha resultado iluminador, pero me he sentido más como para mí como sujeto que como acompañante.

R. Seguramente es el tono que voy teniendo. Yo todo este tema lo pienso, lo reflexiono y lo rezo desde mí, no tanto como una clase de cómo ser un buen acompañante, sino desde mi experiencia y lo que yo pido a Dios. Mi perspectiva es que si yo no voy creciendo como sujeto, yo no voy a poder acompañar a otro, entonces también eso acaba asomando por ahí.

P. Una de las cosas que se va encontrando es que la gente te llega cada vez más rota, en su psicología, tema de matrimonios, los jóvenes, todo el mundo, y hay un salto, pasa lo que es el acompañamiento, tendría que verle alguien más profesional y uno piensa que puedo seguir acompañando pero hay cosas donde me pierdo.

R. Es muy complicado, yo llevo 24 años dando clases en la escuela de formadores de Salamanca y me viene gente de distintas congregaciones, es una experiencia espectacular de encuentro de Iglesia y entre la gente que se dedica a la formación suele ser una pregunta, una conversación muy habitual hablar de las personas rotas. A veces dicen “esta persona sería ideal si no fuera por este rasgo, el resto sería perfecto, ¿cómo psicólogo me lo podríais cambiar?”, no, porque contradice todo lo que veníamos diciendo hasta ahora. Yo lo que aprecio en el mundo contemporáneo no son tanto gentes tan rotas —que a veces sí hay—, sino con sujetos poco constituidos. Es decir, en estas dimensiones básicas de la autoconciencia, la voluntad, la capacidad de sentido, la capacidad para relacionarse, muy inmaduro todo esto, muy poco entrenado y a veces con gente de veinte y muchos años o treinta y, por tanto, no son capaces de que estas dimensiones antropológicas jueguen en esa complicada arquitectura que te ayuda a tomar las riendas de tu vida.

En este caso del sujeto inmaduramente constituido, yo lo distingo del sujeto roto y muy averiado. Por roto entiendo algo muy deteriorado, y aquí se abre un debate tremendo. No tengo la respuesta porque hay mucha gente con mucha experiencia y mucha sabiduría detrás, que son los criterios de admisión para la vida religiosa, sacerdotal: las personas si son maduras, si no son maduras, si es el momento, si va a llegar a ser el momento en algún sitio. Creo que está claro que tenemos que procurar evitar las personas que con veinte años las apreciamos como rotas, creo que es un poco ingenuo imaginar que alguien con veinte años —si apreciamos un problema de

control de los impulsos, problemas psicológicos varios— yo no sé si la personalidad se cambia, y si hay un trastorno de personalidad, “te admito a ver si cambias en unos años para que nos sirvas” es un error monumental. Estoy hablando siempre de la admisión al sacerdocio o a la vida religiosa, después hay otros conceptos de acompañamiento, claro, pasa como el matrimonio.

Creo que hay que ser muy realistas: lo que está roto, está roto, y hasta que no haya una cierta muestra de que está entero, yo no movería ficha en lo que se refiere a elecciones, ni matrimoniales, ni sacerdotales. Lo que es inmaduro había que valorarlo, habría que ver qué nivel de inmadurez, dónde está, y ver si experiencias diversas que se le pueden ofrecer le pueden ayudar a sacar algo que simplemente no está entrenado, que no tuvo la ocasión en la vida de ponerlo en juego.

En ese sentido mi experiencia en la Compañía es que las probaciones de la Compañía —llamadas así— están pensadas en su origen como un momento de “probación”, no de una experiencia. A veces —esto lo hemos visto muchas veces— se cree que el camino de la vida religiosa y sacerdotal es que tengamos experiencias diversas. No, está bien, pero probaciones, probar. Probar quiere decir que soy capaz de dar de sí, en una situación extrema yo saco de mí algo que a lo mejor en otro contexto no lo hubiera sacado, por lo tanto descubro de mí algo que no sabía que estaba.

Sobre sujetos rotos me quedo con presuntos inmaduros o no del todo constituidos, creo que ahí hay tarea formativa y tarea. También en el ámbito del matrimonio. Yo tengo una pareja en terapia encantadores pero de una inmadurez conmovedora, no das crédito, los estamos llevando dos profesionales distintos —una mujer con mucha experiencia a ella y yo a él— y de vez en cuando nos vemos los cuatro juntos, y tanto la otra terapeuta como yo nos miramos como anonadados. Tienen treinta y tantos años, pero van creciendo. Es un caso de estos donde hay cosas que no están constituidas pero en principio puedes ayudarles a ir armándose. Quiero decir que no es sólo un asunto del orden de la admisión al sacerdocio, es en general, en cualquier actividad que suponga un compromiso personal.

Mi plan era seguir adelante cayendo –dado mi carácter de psicólogo– en algunos asuntos más psicológicos, algunos asuntos podría ser con el clima de la entrevista, el clima emocional de la entrevista; hay asuntos relacionados con la mala práctica, habría para mucho. Alguien me decía antes algo sobre la confesión, yo había decidido no hablar más bien sobre ese tema porque el acompañamiento daba mucho de sí, muchas de las cosas que hablamos ahora sí pueden servir para la confesión, pero escasamente. El otro tema es el tema de la aplicación de esto al acompañamiento de matrimonio y pareja, pero, claro, esto son temas muy universales para el ser humano. Creo que sí se aplica a la pareja y al matrimonio aunque no estemos haciendo una aplicación directa, porque las personas que se acompañan son individualmente en principio, el acompañamiento espiritual, quiero decir. El acompañamiento en pareja no entraría dentro de este tipo de acompañamiento, de conversación espiritual que estamos manejando aquí.

De cualquier manera ¿tenéis alguna otra intervención en la línea de las que hubo antes, algún interrogante, algún asunto que queráis sacar aquí?, pero también como expresión de vuestras opiniones, de vuestra experiencia.

P. Yo quería agradecer el buen tono tan positivo que has ido dando a todo este tema del acompañamiento. Me estaba resonando por dentro, yo puedo estar aquí entre los más mayores quizás, el contraste, porque lo que a mí me enseñaron no era a acompañar, y lo que conmigo hicieron no fue acompañar: “o entras por el aro o sales por la puerta, y cuidado con tus opiniones”. Esto me parece estupendo, y creo que en el asunto de la pastoral familiar, que es una de las cosas que nos preocupan en estos momentos, todo esto que estás planteando a mí me parece magnífico.

Se nos educó mucho en una especie de normativa, había una pareja en quiebra, había problemas de hijos, o lo que sea: mira, este es el Astete, este es el Derecho del XIX. La sensación para mí es estupenda porque aquello me parecía por una parte insuficiente y por otra parte no sé si hemos creado un mal clima en el sentido de que parece que nuestro papel era casar y si luego había problemas, fustigar: “mira, esto es así”. Eso no es pastoral, o es una pastoral demasiado a la deriva de lo que a cada

uno se nos ocurriera con buena voluntad, y encima a veces con problemas como de conciencia. A ellos no les sacábamos de su situación y, si uno se implicaba, se implicaba de una manera poco grata. Te agradezco mucho eso. También yo en mi vida personal lo echo de menos, el seminario en el que yo estuve “esto son lentejas”, eso no es acompañar, ni enseñar, ni encariñar con la vocación.

R. Los tiempos que corren exigen de nosotros como sacerdotes, acompañantes, prestar una atención muy exquisita a los procesos personales, y además yo creo que es coherente con la idea de persona que se desprende de Vaticano II; ya de antes, pero muy claramente especificada ahí, este sujeto que tiene un vínculo personal, intransferible con Dios, el papel de la conciencia. Todo eso ha ido calando en el Pueblo de Dios a lo largo de estas décadas y hoy tenemos personas que, cada vez más, necesitan que alguien les ayude a entender, les acompañe en su camino personal, y exige de nosotros este tipo de trato mucho más exquisito, mucho más delicado, que yo sigo pensando que no podemos ofrecer si nosotros no hemos pasado por él, porque esto no se aprende en ningún sitio.

Creo que en la atención a la pareja y al matrimonio es muy importante también. Me parece que desde luego tiene que haber momentos en lo que haya grupos de matrimonios en los que hablen de cosas; tiene que haber un momento en el que las parejas y los matrimonios creyentes hablen de sus dificultades como parejas y como creyentes. Y a veces que el sacerdote sepa dar la palabra y la ocasión a los creyentes casados, es ya un rasgo y un signo de respeto a una realidad en la que a lo mejor nosotros no participamos enteramente, pero hay hijos de Dios y creyentes serios que sí, y tienen algo que comunicarse entre ellos. Creo que el asunto de trabajar temas de moral, praxis, del sacerdote con la pareja, con las parejas, es un asunto importante también, y hay que hacerlo y hay que estar ahí, pero nada de eso sustituye a un acompañamiento personal.

Me parece que a veces se descuida, por lo que yo veo en otros contextos a lo mejor más terapéuticos, la individualidad, es decir, la pareja nunca deja de ser dos individuos que quieren hacer un camino juntos. Ya no vivimos en tiempo en que la media naranja sirve como metáfora, de media naranja nada, son dos naranjas. Acompañar la individualidad de los que constituyen ese par que llamamos matrimonio, en donde los dos tienen necesidades independientes, deseos, relaciones con Dios, etc., creo que es muy importante, cada vez más, porque uno va viendo que hay una parte que a veces sufre la sensación de que “bueno, es la otra parte la que más ventaja lleva”. No estoy hablando de la mujer que queda en un segundo plano frente al marido, a veces en este ámbito de lo espiritual y de la relación con Dios y de la vida interior, hay muchos

maridos perdidos porque hay mujeres mucho más interesadas, con muchas más historias, que van adelante, que tienen un mundo interno mucho más rico. Tenemos situaciones de todo.

Lo que quiero decir es que me parece muy importante, si no se hace, rescatar y trabajar el trabajo individual con cada uno de los miembros de la pareja, que se encuentre consigo mismo, en su autoconciencia, que sepa encontrar el sentido de lo que le está pasando, que ejercite su voluntad y que la haga fuerte, todas estas cosas son importantes.

P. Yo lo que, según te escuchaba, lo que a mí me sugiere es que el acompañamiento no es sólo acompañamiento para gente que tiene problemas, sino que el acompañamiento es ayudar a la gente a crecer, a madurar en su seguimiento de Cristo, en su relación con Él, en su compromiso en la vida de la Iglesia. Lo que yo percibo es que de alguna forma todo esto nos plantea algo que el Papa también está apuntando, que es una manera distinta de hacer en la vida de la Iglesia, y en la manera también los sacerdotes de ejercer nuestro ministerio, porque yo lo que voy encontrando muchas veces es que la gente, las parroquias, los laicos, echan de menos el que se les acompañe, que se tenga en cuenta el trabajo que hacen, las dificultades que tienen. Veo también que los sacerdotes estamos con tantas actividades y tantas cosas, que no tenemos tiempo de acompañar a la gente, donde muchas veces únicamente se puede suscitar como una manera permanente de escucha y de acompañamiento es en el confesionario, y claro, son ámbitos distintos. De alguna forma nos exige como un repensar a qué dedicamos el tiempo, cuál es nuestra relación con la gente, cómo ayudar a la gente a crecer, no solamente a apagar los fuegos cuando los fuegos han surgido. Ahí es donde me lleva a mí un poco esto, que a mí me lleva también a cómo podemos replantear nuestra vida pastoral, nuestro ministerio, de manera que las personas, cada persona, pueda ocupar un espacio mayor del que ocupa.

R. Yo creo que hay un reto que me parece que la Iglesia en muchos ámbitos lo está aceptando, me parece que se está haciendo –no sé si con toda la intensidad que debería–. Creo que el reto es rescatar la humanidad del sacerdote, con sus certezas y sus incertidumbres, con sus alegrías y con sus tristezas, con las esperanzas y las desesperanzas, rescatar al sacerdote como ser humano pleno que intenta vivir su camino de seguimiento de Cristo y a veces no lo logra, y otras veces sí. ¿Por qué?, porque rescatando la humanidad del sacerdote se le va a hacer más capaz de

comprender la humanidad de sus fieles, y va a poder acompañarles. Yo no voy a poder acompañar a nadie si no tengo a flor de piel mi humanidad, en las dimensiones que vamos hablando y en los procesos que vamos llevando.

Hubo un momento en la Iglesia, con aquella Teología de los estados de perfección tal vez, había un sacerdote con más de un peldaño con respecto al resto del público, había esos presbiterios gigantescos en donde al final lo que tenías no era un individuo humano, uno de los tuyos; estaba ahí ejerciendo el ministerio sacerdotal, yo como miembro del pueblo de Dios miraba al sacerdote y le atribuía y le asignaba una serie de características propiedades, a veces virtudes, y el sacerdote se investía de todo eso, a veces creyéndose. Esto nos ha pasado factura porque nosotros los primeros, y el resto del pueblo de Dios, se fue dando cuenta que no éramos esa especie de ser de ahí arriba, sino éramos uno más, y a veces uno menos.

Creo que rescatar la humanidad del sacerdote es lo que el Papa Francisco formula con esas frases que le salen a él a lo bruto de “oler a oveja” y estas cosas, por ahí va. No vamos a poder rescatar esto si no –volvemos al origen de nuestra charla de hoy– si uno no ha pasado por este proceso de acompañamiento, de ver y sentir las propias impotencias, de sentirse redimido por la presencia de Cristo en su vida, o por la presencia de un acompañante que ha sabido tirar de mí, y todo esto junto es lo que a me hace a mí una persona sensible al otro necesitado, al incompleto. Este tiene que ser el proceso, no hay formación teórica posible para poder hacer esto, solamente tiene formación el que ha atravesado el valle de lágrimas, las cañadas oscuras, y el que tiene la experiencia honda de que el Señor me ha rescatado de ahí, pero he estado ahí, he bajado a los infiernos, pero no es un decir.

A alguien le comentaba ahora que yo trabajé durante muchos años con toxicómanos, sabíamos que no había redención posible si no habían tocado fondo, y esta es la experiencia del Evangelio. Tocar fondo es sentir que uno es indigente, y ser indigente no es ser pobre; ser indigente es estar a la orilla del camino y depender de que llegue otro y, si le apetece, pues que tire de mí. La pregunta que un sacerdote tiene que hacerse es cuáles son sus indigencias, es decir, aquellas áreas de sí mismo en donde se siente impotente para manejarlas, y que necesita de otros –relacionalidad– para poder vivir dignamente. Mientras que yo no tenga la experiencia de mis indigencias – y vuelvo a mis infiernos, a mis cañadas oscuras, a mis impotencias– acompañado del agradecimiento que viene del saberme rescatado, no sólo por Dios, sino por otros compañeros tal vez sacerdotes, mientras que esto no suceda no vamos a aprender a identificarlo en otros, a tender la mano cuando hace falta. Esto es rescatar la

humanidad del sacerdote: somos uno de vosotros, pasamos por vuestras penurias y por vuestras angustias, y os podemos ayudar –no sé si podemos– pero sé lo que es.

Esto venía a cuento de que en una parroquia el sacerdote debe tener tiempo para acompañar, pero tiempo para acompañar desde aquí, no desde un acompañamiento formal de charlar a la puerta de la iglesia según sale la gente. Eso puede ser importante, pero no es de lo que de verdad está hambrienta la gente.

P. Me parece que el reto es formar acompañantes, porque si no morimos

R. El reto es formar sacerdotes capaces de acompañar desde ahí.

P. Y laicos.

R. Por supuesto, sin ninguna duda, pero aquí el contexto es el contexto.

P. En las parroquias es posible

R. Claro, no me cabe la menor duda, por eso al principio hablábamos que de alguna manera se había superado esa tendencia de que el carisma del acompañamiento iba ligado a la vocación sacerdotal. Eso era una cosa que se daba por supuesto, pero no tenía por qué ser así porque, entre otras cosas, el sacerdote tampoco es que se le formara específicamente para eso. En ese sentido se ha abierto muy bien el camino hacia la formación de profundos creyentes –como fue en la antigüedad– que son capaces de acompañar a otros creyentes.

P. Antes, cuando se ha hablado de cómo tiene que ser el sacerdote en la parroquia y qué es lo que tiene que hacer, a lo que yo llego –después de unos cuantos años de párroco– es que lo que espera la gente del sacerdote es que sea el padre espiritual de la comunidad. En un momento en el que estamos diciendo que la misión es compartida, la gente no entiende que el cura sea el que tiene todas las llaves, y que no tenga tiempo porque tiene que estar de un sitio a otro corriendo, y la gente los problemas de fondo tenga que ir quizás a otra parroquia, porque “mi cura no tiene tiempo para esto”, cuando muchas veces yo me he encontrado gente en la parroquia de otros barrios. Me parece que la autoridad del párroco es una autoridad espiritual, claro que tiene que gobernar, pero no tiene que ser el que cuente el dinero porque les lleva toda la mañana del lunes, no tiene que ser el que tiene que hacer todas las gestiones de goteras en la parroquia que les lleva dos mañanas en el obispado, no tiene por qué llevar los certificados a Hacienda... Yo he tenido gente que todo eso me

lo ha estado haciendo ¿por qué?, porque me parece que la autoridad con la que va es con la del padre espiritual de la comunidad, por lo tanto todo lo que tiene que ver con la gestión me parece que no necesariamente tiene que ser él el primer gestor, sí tiene que ser el último responsable. Yo creo que en esa medida los seminaristas se tienen que preparar para tener esa tarea, porque si no, esa no la cubre nadie y al final yo recuerdo un cura en unos ejercicios que dijo “cuando me despedí de mi pueblo, la gente lo que más me agradeció es que les enseñara a rezar”. No sé si habría hecho obras o qué habría hecho, pero que su tarea era fundamentalmente abrir ventanas a Dios a los feligreses.

R. Sí, el problema es que tenemos a veces sacerdotes que prefieren refugiarse en la gestión, porque acompañar es exponerse, y es de lo que estamos hablando aquí. Nos resulta más cómodo gestionar y ser efectivos gestores, que la iglesia esté limpia, iluminada, que la economía vaya bien, que todo funcione bien. Y acompañar como estamos planteando aquí supone una exposición personal, supone una coherencia muy potente, porque me hago transparente en mi debilidad también. No podemos olvidarnos que a veces el sacerdote tiene sus demonios, demonios que a lo mejor no está manejando adecuadamente porque no tiene su propio acompañante, que van creciendo a un ritmo que no sabía que crecerían así, y que descubre que en el sacerdote gestor se siente más amparado que en un sacerdote que habla de tú a tú con los fieles y donde le va a resultar difícil esquivar algunos temas y algunos asuntos que no sabe cómo manejar.

Aquí tenemos un problema relacionado con la humanidad del sacerdote: si la gestión a veces es una excusa santa para evitar el cara a cara que se hace más complicada. A veces la gestión se llama también “administración de los sacramentos” porque va todo por el libro: dice la misa, o bautiza, o confiesa, pero no va más allá de esto. Creo que las personas creyentes de hoy día cada vez necesitan más algo más que no sólo un gestor, sino algo más que incluso un administrador de sacramentos, necesita la persona, y eso hay que estar en disposición de ofrecerlo, de querer ofrecerlo.

P. *¿Eso no va vinculado a lo que ibas a decir sobre el mal ejercicio del acompañamiento? Porque a veces es un mecanismo de defensa que todos hemos experimentado, que cuando no sabes muy bien cómo manejar una situación, buscas cuestiones que te den más seguridad.*

R. Ir por el libro no te equivocas nunca, y el libro en este caso es “hacer lo que tengo que hacer”; pero también más sutil es refugiarte en una administración mecánica de los sacramentos, como mecanismo de defensa –si queréis decirlo así–, que a veces no sé si somos del todo conscientes, pero eso es una buena tapadera: “soy un buen administrador de los sacramentos, eso es lo que se pide de mí como párroco. No sé cómo párroco, pero como sacerdote se pide de ti más, que igual son dos cosas distintas. Como párroco seguramente hay que hacerlo y a veces lleva mucho tiempo, es una tarea durísima y no hay horas, pero como sacerdote las personas esperarían de ti algo más que eso, y es el compartir tu experiencia de Dios, la de verdad, aquella que te desconcierta, aquella que no terminas de implementar en tu vida, aquella que te hace sentir impotente. Porque si no se construye ese modelo de sacerdote idealizado, depósito de proyecciones idealizadas que al final se aleja de lo que es el ser humano corriente y moliente, entonces se tiene la sensación de que el pecador, el impotente, el que no llega, el que no es capaz, el desconcertado soy yo, mientras que el sacerdote lo tiene todo conseguido, lo tiene todo logrado y tiene todas las seguridades. ¿Cuándo voy a ser yo como es él?, es otro, no es de los míos. Este es un punto muy delicado porque puede quedarse sólo en esto o puede ser un subterfugio para muchas de las cosas que hemos visto, una tapadera quiero decir.

Hay un asunto que hoy día se está teniendo mucho cuidado con él: la **Dinámica del poder**, el poder que ostenta el sacerdote y que de alguna manera puede distanciarnos de otros, del resto de nuestros compañeros humanos que también siguen a Jesucristo y que también pelean en su día a día por eso. A veces establecemos relaciones con nuestras gentes desde el poder que representamos y realmente tenemos poder, otra cosa es que seamos explotadores de los otros por el poder que tenemos.

Hay un **Poder Institucional** que es innegable, es obvio. Nuestro modo de ver las cosas en general es tomado como el modo que tiene la Iglesia de hacerlo, 2.000 años de Iglesia, la multinacional más establecida, más consolidada, más poderosa de la Tierra seguramente después del budismo. Pero no sólo eso, sino que a veces nuestro poder es asignado porque se nos atribuye ser los portavoces, los representantes de Dios: lo que dice el cura lo dice Dios, y a veces nos gusta sentir que eso es así. Aquí hay un poder institucional.

Hay un **Poder Personal**, pues depende de los contextos en los que nos movamos, la formación nos da poder. Es verdad que cada vez más en un contexto urbano occidental como el que nos movemos nosotros aquí, no estaría mal invertir un poco los términos. Porque claro, tú tienes una parroquia en cualquier barrio de Madrid normal, y tienes una concentración de licenciados y licenciadas, y de expertos y de expertas en mil

materias por metro cuadrado que antes no se tenían. La formación antes del sacerdote en Teología y en la Filosofía que fuese, ya le otorgaba un peldaño de esos presbiterios antiguos tan elevados. Hoy día ese poder que da la formación está un poco más aminorado salvo que el sacerdote también tenga otra, pero aun así es el que sabe: el que sabe de lo suyo, el que sabe de lo religioso, y una vez que se cierra la iglesia y está la gente dentro, el que sabe ahí es el cura, la mayor parte de las veces.

Hay un *Poder Personal* que viene de las virtudes. En términos generales los sacerdotes somos virtuosos, no nos engañemos –como decía una señora, “es que sois los maridos ideales para nuestras hijas”–. Es verdad, el cura normalmente es majito, es sensible, es habilidoso, tiene virtudes bastante palpables, no nos engañemos. Otras veces se nos atribuyen virtudes, las dos cosas mezcladas. El asunto de las virtudes está ahí y nos ofrece un cierto poder personal. En muchos contextos nuestro género masculino sigue siendo un plus.

La experiencia. A veces es complicado encontrar personas en la vida cotidiana que tengan las experiencias que tiene un sacerdote de haber viajado, de haber estudiado no sé dónde, de haber conocido personas de diversos contextos. Son experiencias humanas que –vuelvo a lo mismo– a lo mejor en una parroquia de la Castellana hay mucha gente que las tiene, pero te vas a una población o un barrio más desfavorecido, y el sacerdote tiene unas experiencias que le otorgan una autoridad.

La estabilidad económica. No hay que aclararla. Es verdad que un sacerdote digno y honesto no se hace rico siendo sacerdote, porque no es precisamente para tirar cohetes, hay que buscarse las habichuelas por ahí, pero volvemos a lo mismo: en contextos más desfavorecidos un sacerdote tiene un oficio.

Así podríamos seguir enumerando unas cuantas cosas que incluyen la competencia. Eso nos da un poder personal.

Después hay un poder que llaman los de esta institución –esto es una obra que se hace a propósito de la mala práctica de los sacerdotes, sobre todo en los contextos anglosajones y va tocando varios temas–, hay un poder que llamamos *Extrarracional* que está hecho de una representación simbólica, tiene algo que ver con lo que habíamos dicho. El sacerdote es un símbolo de lo sagrado, de todo lo que se atribuye a lo sagrado; nos hace sujetos de proyecciones distorsionadas con las que hay que aprender a convivir. Yo recuerdo en una parroquia en Jávea, allá por el año 98, recién ordenado, cuando daba la comunión. Venía la gente y te pasaba de todo, a la mayor parte les dabas la comunión y ya, pero mucha gente te pedía la bendición, otra gente

te tocaba. Tú estabas allí y te dejabas hacer, y cuando ya había acabado todo el mundo te volvías y acababas la misa; pero lo que habían hecho contigo nadie lo sabía, porque para uno eras un objeto mágico, para otro era que tocando lo sagrado no sé qué pasaba. Hay un poder extrarrelacional por la representación simbólica que el sacerdote tiene.

Y hay otra dimensión de este poder extrarrelacional que llamamos ***Autenticidad Religiosa***. Es otro género de poder, y el mensaje cada vez más es que o vivimos de este poder –que ahora hay que especificar un poco más– o se nos va abajo nuestra autoridad sacerdotal. Ni el institucional ni el personal, ni esta representación simbólica, todos estos cada vez van a menos. El poder del sacerdote viene de esta autenticidad religiosa hecha de una palabra que a mí me gusta mucho porque creo que no existe en castellano: genuinidad lo llamo yo, ser genuino, ser auténtico, sin defensas. Es parte de lo que veníamos hablando hasta ahora, es decir, poder rescatar la humanidad del sacerdote y ponerlo ahí, hacerlo visible, palpable, que se vea, que se note capaz de vivir desconcertado por las cosas que le suceden por sus impotencias, capaz de venirse abajo –como nos pasa a veces– y después levantarnos porque creemos en Cristo. Genuinidad personal.

Estilo No Defensivo de Liderazgo, aceptación realista de nosotros mismos, con nuestras limitaciones, sin perder energías defendiendo una imagen idealizada de nosotros mismos. Estilo no defensivo de liderazgo que alude a la capacidad necesaria para dejar claro que esto no es un asunto mío, que yo estoy anunciando a quien me ha rescatado, que yo creo en Jesús, tengo la experiencia de Jesús y os lo quiero contar; lo que pasa es que esto es muy arriesgado de decir así, pero esto es un liderazgo no defensivo. No defensivo se refiere a que yo no tengo que disfrazarme de nada ni vestirme de nadie para ponerme delante de vosotros y que digáis “ay el cura, cuánto sabe el cura, es que el cura...”. Creo que hay muchos curas de pueblo de toda la vida que han sabido hacer estas cosas espontáneamente sin tener que contarlas, todos creo que hemos conocido estos curas rurales que eran paisanos como Dios manda, que estaban ahí a lo que tocaba, jugaban al mus, se bebían su tal, después hablaban...

Un estilo no defensivo de liderazgo es no pretender ser quien uno no es, entonces aparece el liderazgo espiritual. ***Liderazgo Espiritual*** que es el acompañante capaz de hablar de su experiencia de Dios con tal nivel de autenticidad que convence. Si os fijáis bien, el famoso “ven y lo verás” simplemente es algo que ocurre cuando a alguien se le ve tan iluminado, tan ilusionado, tan apasionado –como decíamos antes– que el otro dice: oye, yo quiero saber por qué eres así, por qué siendo tan impotente, por qué siendo tan incapaz, y por qué cayéndote tantas veces te sigues levantando. Porque el misterio y la fortaleza del creyente no es ser perfecto, sino levantarse 70

veces 7, esto lo dice el Evangelio, no nos lo creemos y hemos ido vendiendo un modelo de perfección que no tenemos. Mi fortaleza es que me levanto 70 veces 7 porque me he caído 70 veces 7, y mi fortaleza es que la mano tendida de Jesús siempre está ahí. Eso es lo que sorprende hoy día. Aquí hay un reto: cómo administrar el poder en algunas áreas, no vamos a poder evitarlo porque la proyección es del que proyecta y me lo van a poner encima. Uno tiene que ser lo suficientemente libre como para no verse envuelto, prisionero, en las proyecciones de otros, de la tentación de ser la voz de Dios o de la institución.

Ejercer nuestro liderazgo desde una autenticidad religiosa, que sólo puede ser si uno tiene una vida en el espíritu totalmente consolidada, lo cual no quiere decir que uno sea no un santo, sino un pecador recalcitrante que se levanta constantemente. ¿Habéis visto la película “Silencio”? Hay un personaje que la gente critica mucho que es el japonés este que es un desgraciado que pasa el día traicionando a todos. Ese es un símbolo de lo que es el pecador y lo que es el ser humano que dice “sí, sí, voy, voy”, y después no va, y después traiciona y después se echa para atrás, pero vuelve otra vez.

Esto es sobre el asunto del poder, del liderazgo, salía ahora sobre el tema de las parroquias y lo que necesita una parroquia. La parroquia a mí me inspira mucho respeto, porque desde mi tarea sacerdotal centrada mucho –la universidad y la docencia es siempre un trabajo– pero mi sacerdocio centrado más en el acompañamiento espiritual, el mundo de la espiritualidad ignaciana y estas cosas, yo veo a los párrocos y los veo hasta arriba. Hay mucho trabajo real, mucha administración, pero estoy de acuerdo con lo que decía Juanjo: hay que poder ser capaz de deshacerse de esas cosas en lo posible porque o aparece la capacidad de acompañar desde este tipo de poder, o entonces nuestra vocación como sacerdotes se ve muy frustrada, porque nadie entra en esto con vocación de párroco, uno entra con vocación de sacerdote; cuando uno entra en el seminario no le preguntan si tiene vocación de párroco, de gestor.

P. En este listado que nos has presentado, no sé si ha aparecido suficientemente subrayado algo que los párrocos vemos constantemente en nuestra vida, sobre todo lo vemos cuando somos mayores, y sobre todo cuando el párroco se jubila: ya no tengo mi papel, mi rol, mis tareas, ya no soy yo. Y esto creo que no sólo es en el cura jubilado, sino muchas veces en mi tarea, en mi trabajo, me estoy buscando muchísimo a mí mismo. Creo que eso es un ejercicio del poder malo.

R. Creo que esa es la consecuencia de algo de lo que estamos hablando aquí, es decir, mi vocación; nuestra vocación es sacerdotal y esa es hasta el día que me muera, aunque no sea párroco. Uno siempre puede ejercer como sacerdote hasta el día que se muera, siempre puede acompañar y siempre puede, por supuesto, administrar sacramentos, pero ser sacramento vivo, es decir, signo visible de una presencia invisible. Eso no se acaba con la jubilación de párroco ni con la jubilación de profesor de universidad, sino que es la vocación sacerdotal en estado puro, y es verdad que hay gente que su vida la ha organizado en torno a su función y al poder que le da su función, y al poder atribuido que él siente que en el fondo que no tiene, porque esto es una puñeta: tú sabes que no lo tienes pero te lo atribuyen. Eso cuando se acaba te deja un vacío enorme, y cuando quieres volver a la vocación primera y a lo que te trajo hasta aquí, no lo encuentras. Esto es un reclamo de atención al sacerdote.

El sacerdote tiene la posibilidad de vivir feliz hasta el final de sus días si vive enganchado a su vocación sacerdotal y a esa autoridad que le ofrece su vocación sacerdotal espiritual, porque siempre tienes algo que ofrecer. Eres el presbítero, el mayor, que sabe, que ha vivido.

P. ¿Puede explicar un poco más esa diferencia entre el acompañamiento y la psicología, esa labor de partera? A veces uno se queda en dudas si seguir acompañando a una persona que encuentra que ya tiene una patología o una enfermedad.

R. Esta es la pregunta que da sentido a mi vida. Cuando uno está en la escuela de formadores en la que os mencionaba, cuando uno es jesuita y todas estas cosas, constantemente te están dando vueltas a esto, y yo se las doy también.

Creo que depende. Creo que un acompañante tiene que tener claro lo que está acompañando, y lo que está acompañando es la experiencia que el otro tiene de Dios. Lo que yo acompaño en el fondo es la experiencia de Dios que tiene el otro, ese es mi acompañado; o el acompañar desde mi propia experiencia de Dios, desde el conocimiento de mí mismo. El otro, en su experiencia de Dios –volvemos a lo que decíamos antes– tiene una experiencia de sí, una experiencia de otras personas, una experiencia de Dios, tiene ahí un cúmulo de situaciones emocionales, unas que vienen de Dios, otras que no. Cuando pierdo de vista en mi tarea de acompañante la experiencia de Dios del otro, porque no la hay, porque no puede tenerla, porque está tan embarrado en sus propios problemas, yo creo que nuestra función como

acompañante hay que interrumpirla, porque ya no estoy acompañando la experiencia de Dios del otro, me he quedado con el sujeto psíquico puramente hecho un lío. Ahí es donde, si yo no dispongo de las habilidades aprendidas de entrenamiento adecuado, puedo hacer mucho daño porque me estoy metiendo en el oficio del psicólogo o del psiquiatra.

Creo que este puede ser un criterio: ¿sigo acompañando la experiencia de Dios del otro o no? Ahora bien, se puede dar la circunstancia de que alguien pueda seguir teniendo una vida de oración, de una experiencia de Dios, una vida religiosa activa en lo que se refiere a la praxis y a la vez tener problemas psicológicos, tener dificultades personales de diverso orden. En ningún sitio está prohibido que pueda tener su psicólogo para poder en orden su vida y un acompañante espiritual, los que más van a variar, aunque a veces se entremezclan. Pero desde luego el foco del acompañante en la conversación espiritual que decíamos siempre será la experiencia de Dios de esa persona.

Y esto vale para los matrimonios también: meternos a consejeros matrimoniales no es tarea de un acompañante espiritual, para eso hay consejeros matrimoniales. El acompañante espiritual de los matrimonios acompaña la experiencia de Dios, yo creo, de cada uno de los individuos fundamentalmente, que a veces podemos acompañar la experiencia de Dios en el matrimonio, muy bien, pero siempre hay que recordar que son dos individuos que pueden tener ritmos diferentes y necesidades diferentes. Entonces –por aquello de plantear el asunto matrimonial aquí también– a mí a veces me da un poco de vértigo el sacerdote que pasa de ser administrador de sacramentos, acompañante espiritual, a consejero matrimonial. Esto no es lo mismo, si tienes una cierta experiencia en eso o una formación específica, vale, uno puede poner registros distintos, pero aquí hay un terreno un poco resbaladizo, y sabéis que esto a veces no se distingue bastante bien.

P. Aquí dos cuestiones. La primera es más una reflexión: de cara al acompañamiento ayer también el padre Julio nos decía que a veces estamos buscando soluciones, o la gente busca soluciones y se dirige a nosotros, y más lo que busca muchas veces más que un acompañamiento en ese camino es una dirección a la que tienen que ir, lo que muchas veces también se ha llamado dirección espiritual, ya explícitamente diciendo “dirígete por aquí que por aquí no te pierdes”. Es una de las situaciones que a mí se me presenta mucha gente así, yo tengo ahora mismo en mente gente que me dice: “debo de hacer esto, no debo de hacer aquello” y se convierte más que en un

acompañar a descubrir desde la conciencia y de esa interioridad el camino que Dios presenta a esa persona, terminamos haciendo gente que puede ser a nuestra medida o a la media idílica que nos podemos hacer. Esto por un lado.

Por otro a mí me sucede también, tengo no sé si la suerte o desgracia de hablar con muchos psicólogos cristianos, que se encuentran también con la misma dificultad desde el otro lado: dónde termina lo psicológico y empieza más el camino y el itinerario espiritual.

R. Yo sigo manteniendo el asunto de que el yo es el yo y lo que una compañía puede ser en la relación con Dios, me acompaña a eso, o puede acompañar con uno mismo o con los otros, como es él mismo. A esto lo vamos a llamar espiritualidad y acompañamiento espiritual, y a esto psicología –la relación de uno mismo con otros–, pero siempre con un mismo sujeto entre medias. Ahora, ¿dónde termina y dónde acaba si se quiere poner una frontera?, está precisamente en “¿estoy acompañando la relación con Dios o no?”.

Ahora bien, podemos encontrarnos con alguien que tiene un problema tal de la percepción de sí mismo que entonces distorsiona la relación con los otros y distorsiona la relación con Dios, pero esto es asunto de alguien que sepa psicología. Porque alguien que se distorsiona tanto a sí mismo como para decir que tiene un trastorno narcisista de la personalidad –que básicamente es un verte a ti mismo como si fueras todo y no necesitaras nada–, esto es para un psicólogo propiamente dicho. Ahora, una persona con un trastorno narcisista de la personalidad ¿puede tener relación con Dios?, ¿tendrá su relación con Dios?, ¿se le puede ayudar?, pues sí, yo creo que hacen falta los dos: un acompañante espiritual y un acompañante psicológico, si estamos hablando de un trastorno de este tipo.

Eso por un lado. Segundo, yo creo que la trampa de “dime lo que tengo que hacer” es una trampa en la que no podemos caer, honestamente hablando. Cuando alguien viene buscando dirección espiritual, en el sentido de “dame resuelta la solución a mis interrogantes”, el mensaje tiene que ser “ponte a ello”, en el fondo “ven y lo verás”, “camina”, “sal de ti”, porque si no, estamos haciendo el camino por ellos, les estamos convirtiendo en dependientes, en sumisos, en justo lo contrario de lo que nos dice la antropología teológica que somos, que somos libres y responsables.

Yo tengo que fabricar o ayudar a Dios a fabricar hombres libres. Si alguien viene requiriendo de mí respuestas a sus preguntas, mi obligación sacerdotal es no dárselas, sino ayudarle a disponerse para encontrarlas por sí mismo, porque si no –insisto– no

estamos fabricando más que mini-yos, gente que me sigue a mí y no al Señor que nos ha creado.

Este es un asunto que tenemos experiencia de él en la Iglesia, fabricar mini-yos, por eso hablábamos antes de que discernir y emprender un camino de libertad, no es exactamente adoctrinar dogmáticamente y fundamentalísticamente, aunque realmente hay que sustentarse sobre una base dogmática, sino es que cada uno vaya encontrando realmente su modo concreto de vivir esa fe en la Iglesia católica. Pero es un camino proceloso que requiere de la persona autoconciencia, voluntad, capacidad de sentido. Tenemos que evitar eso, fabricar mini-yos, gente que sea como yo, es un flaco servicio al que nos viene buscando acompañamiento.

P. En relación con esto último, y también aplicado a los matrimonios, pero a las personas en general: no sé si se puede hablar como de fases distintas en el acompañamiento personal o espiritual y, a lo mejor, en relación con esto que estamos hablando de la directividad -me ha gustado que has usado la expresión esta del “carácter vectorial”-, asumiendo lo que estás diciendo pero ¿no puede haber un estilo de acompañamiento un poco distinto en una primera fase, donde la persona a lo mejor está muy rota o muy atada por determinadas cosas, muy confundida, sin herramientas personales, sin voluntad, sin capacidad de auto-conocimiento, métodos o instrumentos y herramientas para superar esas dependencias? Y, en esa fase, a lo mejor, se requiere ser más directivo –por decirlo de algún modo– o al menos dar más pistas, lógicamente sin suplir nunca la responsabilidad de la persona. Por ejemplo también en los matrimonios, porque –como hablamos en el cursillo pasado– de las etapas, las etapas de la vida conyugal, las crisis, que es algo que a veces no tenemos muy en cuenta. Es decir, si cabe también, si hay un lugar para una instrucción en el acompañamiento, por ejemplo “mira, el amor pasa por estas fases, y tiene estas crisis”. O la persona mismo, tenemos ciertas crisis que tienen que ver con un momento vital, por ejemplo el de la ancianidad, el de la jubilación, o el del nido vacío. ¿Cómo conjugar eso?, el ver que hay fases distintas y luego que también hay como cosas que decir y enseñar para que la persona tenga los instrumentos necesarios para resolver las dificultades.

R. Yo creo que se acompaña distinto según la etapa de la vida en la que se encuentre cada uno, eso no cabe duda, y no se acompaña igual a un adolescente que a un adulto, o a alguien que está soltero y en busca de pareja a un matrimonio que lleva 30 años. El acompañamiento del que hemos hablado hoy aquí –entre las muchas cosas que

había que elegir— es el acompañamiento espiritual de adultos creyentes, no enfermos. El acompañamiento didáctico donde uno enseña, yo no digo que no pueda ser a veces es necesario enseñar, pero sinceramente yo buscaría otros espacios, que puede haberlos, no tiene por qué ser en el acto mismo del encuentro entre dos personas para acompañarse espiritualmente. A lo mejor hay que buscar otro espacio, otro contexto y otro marco para mostrar la doctrina, hablar por ejemplo de la teología moral de la Iglesia católica, principios éticos. Hay otra serie de cosas ahí que después en el acompañamiento espiritual pueden salir, pero pueden salir como impotencia, o como logro, o como inspiración de Dios, no sé. Yo creo que ese es un tema que es importante y está ahí, pero que a veces nos ha llevado al famoso asunto del adoctrinamiento

Hay un tema que no hemos tocado que es el tema de lo que se está llamando ahora “colonización emocional”, que consiste en fabricar un otro que en el fondo piense y sienta las cosas como yo y como yo creo que tiene que sentir las cosas y pensarlas, y este es un camino un poco ambiguo siempre porque es verdad que al final vamos a pensar y sentir las cosas todos muy parecido, porque estamos en la Iglesia. Pero el itinerario siempre es personal, uno tiene que caminarlo, tiene que andarlo, tiene que desearlo y buscarlo, no puede venir dado desde fuera. Ante esa dificultad yo buscaría espacios distintos, para no confundir. En el acompañamiento espiritual dejar claro: tú y Dios cómo vais, qué hacéis, cómo te hace sentir y en qué se concreta eso, y tú crees que es coherente con lo que tú piensas, con lo que la Iglesia espera de ti, etc., y después otros espacios en donde queda claro que esta es la enseñanza de la Iglesia, esto es cómo se esperaría que fuera un creyente... No lo sé, no sé si con esto contesto algo, pero yo creo que ahí hay un tema complicado. Ahora, ciertamente es distinto acompañar en unos momentos o en otros, por ejemplo toda la didáctica de la oración en algún momento hay que ir metiéndolo.

P. Por ejemplo, en los ejercicios que has dicho, yo hice los ejercicios y mes y, claro, verdaderamente ves los ejercicios de mes que es toda una escuela porque aprendes desde lo que te van explicando de las reglas, pero desde el proceso que vas viviendo y viendo cómo esas reglas se iluminan, te ayudan a discernir. Ciertos criterios un poco más también en esta línea, criterios de discernimiento que a lo mejor a veces son necesarios, y que en cierto modo favorecen como la autonomía de la persona porque son criterios universales, no es que tú seas un sabio, sino que los has recibido y los aplicas.

R. El caso de los ejercicios es así, pero como ves se suelen organizar de tal manera que hay unas pláticas donde te hablan de la técnica, la teoría, unos puntos para que reces que puedes seguir o no seguir porque a lo mejor la oración te lleva por otro lado. Esto es un momento de contraste personal en donde uno analiza y ve la experiencia que ha tenido, si es de Dios, si viene de Dios. Hay como momentos y espacios distintos para unos asuntos y otros. A lo mejor también por la espiritualidad de la que vengo a mí me parece importante separar un poco los espacios, porque si no esta famosa frase de “esto es lo que es Señor quiere de ti, hijo mío”, esto es lo que la Iglesia querría, nos conduce a un pequeño lío a veces.

Esto es algo de lo que se podría decir en torno al acompañamiento, como podréis comprender es muy poco tiempo, hemos hablado de cosas y lo único que espero es que sirva para pensar algo, a reflexionar el rato que hemos estado aquí, que no olvidéis que mañana viene Luis María que os va a hablar de las afecciones desordenadas.

Madrid, 14 de marzo de 2017